

los pueblos, lo cierto es: que esa clase poderosa se atrincheró tras una barrera de egoísmo, y las grandes fortunas se destinaban, ó á ruinosas especulaciones con el erario público ó se iban á depositar á los bancos extranjeros. De esto resultaron dos gravísimos males á la sociedad, y que á la vez eran dos agentes poderosos de la revolución. El primero fué, el de hacer carecer al pueblo de trabajo: y cegada esta fuente legítima de subsistencia, naturalmente se abría la puerta al crimen á que conducían tanto la ociosidad como la miseria; y de aquí resultaba, que los brazos que debieron emplearse en beneficio del desarrollo de la riqueza pública y de la felicidad nacional, se convertían en enemigos de la sociedad. Y el otro mal, es: que se abrió la puerta á esa especulación tan vergonzosa para el individuo que la ejerce, como ruinoso para la sociedad, *el agio*. Se empezó á desarrollar esta especulación miserable, y en pocos años ha tenido un crecimiento tal, que los agiotistas han venido á formar en la sociedad una clase, pero tan desgraciada y tan funesta, que asolan los pueblos como lo pudiera hacer una nube de langostas, que al caer sobre una cementsera, consumen el fruto de las plantas y hasta chupan el jugo de sus tallos, convirtiendo en un descarnado esqueleto lo que poco antes era un sér lozano y vigoroso, en el hermoso reino de la vegetación.

Tras del torbellino revolucionario en que las azonadas militares se tomaban como un brillante medio de hacer fortuna y tras las fatídicas huellas de los agiotistas, que sin piedad consumen la sustancia de las fortunas, y dejaban sin pan á millares de familias como resultado final de ese cálculo frío y severo con que se llenan de oro las cajas, vino otra falange no menos perniciosa que las anteriores, la de los propagandistas de los errores mas monstruosos. Ellos en millares de escritos públicos y en todos los centros de las conversaciones privadas, tronaban

contra el despotismo militar y contra la avaricia de los usureros; pero no con el espíritu de curar en la sociedad las llagas que le abrieran las clases anteriores, sino como un medio de exaltar las pasiones, y de sublevar los sentimientos de las clases oprimidas contra los opresores, para llegar por ese medio á la dominación donde despues se ha ejercido la tiranía en la mayor escala que se puede concebir, y donde se ha dado tal pábulo á la avaricia, que elevándose la misma al rango de ley, se entregaron las víctimas con las manos atadas en poder de los verdugos, para ser sacrificadas sin compasión, en nombre de una ley bárbara é impía. Y de esta manera, aguijoneadas las pasiones por la enseñanza de falsas doctrinas que son irrealizables utopías y sueños de imaginaciones febricitantes; y estimuladas otras susceptibilidades por el peso de las injusticias, eran otros tantos elementos de combustible que daban pábulo al fuego de la revolución.

El vicio de la avaricia se extendió tanto, que llegó hasta el corazón de los poseedores de los campos, quienes no contentos con el producto legítimo de sus fortunas, negaron á Dios la décima parte que se ha reservado en los frutos de la tierra; y en cambio de este ultraje hecho á la Divinidad, negándole el dominio supremo que tiene en las obras de su creación, el Señor mandó segar las fuentes del cielo para que no envíen sus fecundantes lluvias sobre la tierra; y mandó esterilizar los campos, para que en lugar de copiosos frutos produjeran punzantes abrojos para castigo de corazones avaros. Esto ha extendido mas la miseria pública: y los brazos que no podían sacar fruto de las entrañas de una tierra cargada con el peso de una maldición divina, han ido á derramar sangre en una constante guerra, tante mas cruel, cuanto que es entre hermanos, hijos de una madre comun.

En los grandes centros de la población, empezó á de-

sarrollarse el deseo por el lujo, la comodidad, las diversiones y todos los placeres, donde naufragaban la inocencia y la virtud; y todo esto no era sino la consecuencia indispensable de los errores que se fueron desarrollando de una manera asombrosa, porque ellos empezaron á echar sus raíces en este suelo vírgen, juntamente con el árbol de la independencia nacional.

Por la relacion de los hechos en los años anteriores desde la insurreccion que promovió en Dolores el cura D. Miguel Hidalgo, hemos visto como se vinieron infiltrando en nuestra sociedad los errores que tan funestos estragos habian causado ya en todas las naciones del antiguo continente. Su número es tan vario y tan dilatado, que si no es imposible escribir ese funesto catálogo, sí es sin duda una obra muy dilatada, como dilatada y extensa es la cadena de las aberraciones del espíritu humano en su curso por el valle del tiempo; pero esa espantable transformación del error en su inmensa variacion con que se ha ido presentando en la sucesion de los tiempos, puede concretarse á tres grandes errores, fuentes funestísimas del mal que pesa sobre las sociedades presentes; y que á su vez, estos tres errores capitales, siendo uno consecuencia del otro, son al mismo tiempo los tres, consecuencia de aquel intento vano que Luzbel viene queriendo realizar en toda la dilatacion de los tiempos, desde el momento en que su orgullo lo hizo decir, «Yo elevaré mi sόlio sobre los astros del firmamento y me sentaré frente á frente del Altísimo.»

Esta lucha satánica, ni un momento ha dejado de existir sobre la tierra, desde el momento que el padre de la mentira salió de los pavorosos ántros de su carcel infernal para soplar en el oido de la primera mujer, las palabras que fueron la causa de la degradacion del linage humano y que fueron al mismo tiempo la fórmula de to-

das las revoluciones que habian de conmover á la humanidad sobre la tierra. «El dia que comais del fruto que se os ha vedado, se abrirán vuestros ojos y vereis que sois como dioses.» Desde ese instante pavorosamente memorable, ni un dia, ni una hora, ni un instante ha cesado esa lucha del error en contra de la verdad, de las tinieblas por ofuscar la luz, del mal por elevar su sόlio y extender su fatídico reinado sobre el reinado del bien. ¡Lucha gigantesca que ha tenido por teatro todos los confines de la tierra; que se ha prolongado por toda la sucesion de los siglos; y que ha tenido por actores á todas las generaciones en todos los pueblos del mundo! Por eso volviendo nuestra vista á lo pasado, hasta donde se puede abarcar el conjunto de todos los siglos, vemos: que desde el tronco de aquel árbol de las divinas prohibiciones, salen dos huestes en no interrumpida y encarnizada lucha; una que sigue el estandarte de la rebelion levantado por Satanás el tenebroso espíritu; y otra, tras del estandarte de la luz, que descendiendo del seno de Dios sobre el Paraíso, marca una huella de refulgente claridad, desde aquel punto en que Dios promete al hombre caído, el Reparador que lo ha de levantar de su degradacion, hasta que este fruto divino aparezca en las montañas de Judea sobre el árbol de la Cruz, con sus brazos abiertos para congregar allí á todas las generaciones.

En este punto quedó cumplida y realizada la palabra con que Dios prometió á la criatura humana su regeneracion; pero no por eso acabó allí la gigantesca lucha, sino antes por el contrario, entónces tomaba unas formas mas colosales, porque entónces se planteó la cuestion en términos precisos, y no iba á ser ya una cuestion puramente especulativa, sino práctica.

Allí quedó levantado un árbol frente á otro árbol; quedó puesto un fruto frente á otro fruto: el árbol de la Cruz,

el árbol de la vida, el árbol de la ciencia y la sabiduría, el árbol de los preceptos divinos y de las misericordias de Dios, frente al árbol del deleite, al árbol de la muerte, al árbol de las divinas prohibiciones, de las amenazas de Jehová, de las venganzas de un Dios justo. Cada árbol estaba vestido con sus hojas, perfumado con sus flores y cargado con sus frutos: el árbol del Paraíso, brindaba un fruto deleitoso á la vista, suave para el gusto de los sentidos, agradable para la materia; y el árbol del Calvario, nada ofrece al cuerpo sino sus espinas; pero su fruto es de vida para el espíritu, y el perfume de sus místicas flores es mas suave que los delicados aromas del Oriente. Y allí es donde se va á renovar aquella guerra terrible para el espíritu humano: á la vista de aquellos dos árboles es donde la humanidad va á entrar en una nueva contienda, tanto mas tremenda, cuanto que la cuestion está ya planteada de una manera práctica. Satanás con su infernal soberbia, agita todos los espíritus de su tenebroso reino, y lanzándolos sobre la humanidad, le brinda de nuevo con el fruto prohibido del árbol que está cargado con los rayos de las maldiciones divinas prontos á lanzarse sobre el prevaricador que se atreva á tocar aquel árbol de cuyo fruto, ha dicho la palabra del Omnipotente, «no comais porque sereis heridos de muerte.» Y Satanás les dice á todos los hombres, á todos los pueblos, á todas las generaciones, á toda la humanidad. «Venid y comed de este fruto, que es hermoso á vuestros ojos y suave á vuestro gusto: aquí teneis todas las complacencias de vuestros sentidos, aquí están todos los goces de la materia, aquí están las riquezas, los honores, las comodidades, el progreso de vuestros apetitos y la perfeccion de vuestra naturaleza; y cuando hayais comido de él vereis que vuestra razon se ha elevado á su perfeccion y que sereis como dioses en toda la

creacion.» Dios se forma una pequeña falange de doce hombres de los mas humildes sobre la tierra, y ellos van predicando á todos los pueblos sin excepcion de personas; quereis libertad?, venid á beber á la fuente que brota del pié del árbol sagrado del Calvario, bebed en las fuentes de la verdad y la verdad os hará libres: ¿quereis progreso y desarrollo en vuestra sabiduría? pues no hay otra sabiduría que la que da el árbol de la Cruz, que es locura para el gentil y escandaloso para el judío: ¿quereis perfeccion? comed del fruto de ese árbol divino, y así llegareis á la inmortalidad, porque el que come de ese fruto que germinó la tierra al influjo del rocío de los cielos no morirá jamás.

Y de esta manera continuó esa lucha entre todas las sociedades, la cual se ha de prolongar hasta que se halla agotado el curso de las generaciones, y que cuando ya todos los pueblos hayan caido al golpe de la guadaña del tiempo, como las yerbas se marchitan bajo el fuego de la escarcha, se presente aquella voz tremenda que despier-ta á todas las generaciones del pesado sueño de la muerte. ¡Levantaos pueblos todos de la tierra y venid al dia que el Cordero Domizador se ha reservado desde el principio del mando para su juicio: vosotros fuisteis dueños de vuestras acciones, y el Señor se reservó el dominio de los acontecimientos: vosotros fuisteis los autores de las letras; pero el Señor reservó el derecho de escribir con ellas la historia, que es la externa manifestacion de sus designios, venid ahora á leer en ese gran libro, que encierra las ondulaciones de toda la humanidad y que se acaba con la sentencia que pone término á esa contienda de todos los siglos.»

Y como ya en el Calvario quedó planteada la cuestion de una manera práctica, ya desde allí se hace visible y palpable esa cuestion entre el bien y el mal, entre la ver-

dad y el error: y es verdad que esta cuestion se transforma unas veces en una cuestion política, otras en una cuestion social, otras en una cuestion de grandes intereses de las naciones, y otras en los intereses privados de los pueblos y aun de las familias; pero en todo caso despues de una descomposicion analítica y de una aplicacion sintética, siempre viene á descubrirse en último término, una cuestion religiosa, la cuestion del orgullo y la soberbia contra la humildad, la cuestion de las tinieblas contra la luz, de la materia contra el espíritu de la razon contra la fé, en una palabra y este es el pavoroso extremo de la cuestion, del hombre contra Dios.

Esta cuestion la han planteado todos los heresiarcas que registra la historia, desde el momento que quedó fundada la Iglesia santa, cuando el mediador divino dijo á sus discípulos. «Con la misma potestad que el padre me ha enviado, con esa os envío para que vengais á enseñar á todas las gentes: todo lo que atáreis en la tierra, atado será en el cielo; y lo que desatáreis en la tierra, en el cielo será desatado: el que á vosotros oye á mi me oye: y el que á vosotros desprecia á mi me desprecia; y al que no os oye, tenedlo como gentil y publicano: vosotros vais como corderos entre lobos; pero no temais, porque yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos. Y Pedro es la piedra sobre que se edificará mi Iglesia contra la cual rugirán los huracanes de todos los errores y bramarán las tempestades de todas las pasiones; pero las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Pero ninguno la ha planteado con la satánica malicia con que Lutero la planteó en el siglo XVI. Todos los heresiarcas habian negado algun dogma; pero Lutero los negó todos: los anteriores habian negado algun punto de la fé, queriéndolo sustituir con la razon; pero Lutero negó toda la fé para sustituirla de un solo golpe con la razon: todos

los antiguos errores iban á parar en su último análisis á la negacion de Dios; pero Lutero exaltando el imperio de la razon sobre la fé, de un solo paso destronó á Dios para poner en su sòlio al hombre. Lutero sin andar con rodeos, hizo decir á la naturaleza humana, la misma horrible blasfemia que Satanás hizo decir á la naturaleza angélica. «Yo elevaré mi sòlio sobre los astros del firmamento y me sentaré mas alto que el Altísimo.» Pues á esta expresion sacrílega equivale la orgullosa expresion de decir que la razon humana es bastante por sí sola para conocer la verdad y para elevarse á la suprema felicidad.

El error, tan grave y tan funesto como es, estaba solo en el orden religioso; pero por una consecuencia precisa, él tenia que descender á la esfera del orden social y del orden político; y causar en las sociedades civiles el mismo espantoso trastorno, que causó en la sociedad de la Iglesia. Porque una vez que se proclamó la suficiencia de la razon humana para tener por sí sola el pleno conocimiento de la verdad sin el auxilio de la fé, era preciso que correspondiera á este error, el de suponer; que el corazon humano tambien estaba en posesion de todo el bien sin el auxilio de la gracia; y que el hombre todo estaba en posesion del derecho de todos los goces, sin el freno del deber. Y así como un error es la consecuencia de otro error, se abria tambien un abismo que era causa de otro abismo, porque fermentadas todas las pasiones, tenian el camino expedito todas las concupiscencias. El error de que el hombre tiene el derecho absoluto en todos los goces, habria el paso á la concupiscencia de la carne: el error de que la voluntad del hombre por sí sola está en posesion del bien sin el auxilio de la gracia, dejaba expedito el camino á la concupiscencia de los ojos; y el error de que la razon humana por sí está en posesion de toda la verdad, traia como consecuencia segura, la soberbia de

Y estos errores, que no supieron reprimirse por los primeros gobiernos, sino que antes se les fué dando asiento en las constituciones del país, y en las costumbres de la sociedad, ya para el año de 1855, instaban por reclamar el primer puesto para invadirlo todo; pues aunque ellos habian querido enseñorearse del dominio de la sociedad desde los primeros días de su independencia, aun hallaron algun obstáculo en la fé nacional y en la fuerza de las costumbres de tres siglos; pero ayudados por el derecho de insurreccion canonizado por tantas azonadas militares, por la avaricia de los poderosos, por la desobediencia de los pobres y por el general extravío de las costumbres, todo lo abrazaron, todo lo conculcaron, todo lo invadieron; y de tal modo se inventaron por todas partes, que su mal olor se hacia sentir desde los mas grandes centros de la sociedad, hasta los desiertos de los campos; desde las mas elevadas esferas del poder, hasta los secretos del hogar doméstico; y extendieron su fatídico influjo, en los escritos públicos, en las conversaciones privadas, en las diversiones y pasatiempos, en las costumbres, en la educacion, hasta que su mortal gangrena inficionó el aire que respiraba la sociedad, envuelta ya en una atmósfera corrompida.

En medio de esta amenazadora tempestad, solo un elemento de vida quedaba á la sociedad, el único elemento que ha salvado siempre al mundo en sus grandes y espantosos cataclismos morales, el elemento de la verdad: solo un poder habia que pudiera conjurar la borrasca que ya se desgajaba, el poder de la iglesia, poseedora única de ese elemento de vida para el hombre y para las sociedades; y tan grande y tan fuerte era este poder, que lo mismo que en todo el mundo ha resistido por mas de diez y ocho siglos, los furiosos embates de las tempestuosas olas, resistió aquí el recio empuje de esta tormenta, ras-

gando y atravesando incólumne los negros nublados de la tempestad, para aparecer despues mas brillante y hermosa despues de su glorioso triunfo, sostenida por la eficacia de la palabra de su Divino Fundador que le aseguró su asistencia en medio de los mas recios peligros y de los mas rudos ataques de las tenebrosas potestades infernales.

Aquí es necesario hacer una observacion, que á la vez de ser interesante para completar el cuadro de la narracion histórica, importa tambien para contestar un argumento empleado con sobrada profusion contra la verdad. Ese espíritu que rugé furioso hace mas de diez y ocho siglos, por destruir la obra de la regeneracion de la humanidad, á falta de razones para compatir la verdad, quiere fundarse en hechos; y estos hechos no todos son falsos, por desgracia hay algunos que son ciertos, pero siempre son mal aplicados.

Los que han tenido la desgracia de emprender la ingrata é inútil tarea de destruir la Iglesia Católica, quieren apagar la luz de la fé, con las tinieblas de la razon: sustituir la moral pura del Evangelio, con una moral caprichosa y acomodaticia á las pasiones; y para esto sacan su principal argumento de un hecho, que por mas que desgraciadamente sea cierto, es no solo ineficaz para el objeto con que se le quiere aplicar, sino que siendo absolutamente contrario aun á la razon misma, su falsa aplicacion no sirve sino para demostrar la inconsecuencia con que se le emplea, lo absurdo de las teorías en cuyo favor se aplica, y por consiguiente, la verdad de lo que con él se quiere atacar.

Este hecho es: sacar á luz las malas acciones de algunas personas, de las que forman la clase mas respetable y veneranda de la sociedad; la clase sacerdotal.

Dicen, y es cierto: algunos individuos del clero obran